

**«SI ALGUNO ME SIRVE, ME SIGA»  
(Jn 12,26).  
LA PEDAGOGÍA DEL SENTIDO DE LA  
IDENTIDAD Y DE LA PERTENENCIA**

Ignacio Rojas Gálvez, OSST\*

1. Introducción

<sup>20</sup>Había algunos griegos de los que subían a adorar en la fiesta. <sup>21</sup>Éstos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: "Señor, queremos ver a Jesús". <sup>22</sup>Felipe fue a decírselo a Andrés; Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. <sup>23</sup>Jesús les respondió: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo de hombre. <sup>24</sup>En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. <sup>25</sup>El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. <sup>26</sup>Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará.

Los apóstoles se han hecho portavoces de un grupo de griegos, voceros de un deseo actual, de una aspiración constante en el hombre de cualquier época, raza o cultura: *Queremos ver al Señor* (Jn 12,22). La actitud de Jesús sorprende: no se deja ver, no sale al encuentro de sus coetáneos que esperan conocerle, no se manifiesta ante ellos de modo extraordinario. Jesús responde pedagógicamente a sus discípulos, se detiene y comienza a hablarles de sí mismo, les anuncia la hora de su glorificación (12,23), la ilustra con la parábola del grano de trigo insistiendo en la fructificación de su muerte (12,24), presenta la necesidad de su muerte dando el justo valor a la existencia terrena (12,25) y describe la necesidad de la identificación con el misterio de su muerte y de su gloria para todos los que, como los griegos, desean verle (12,26). Les acompaña dándoles las claves de la identidad y de la pertenencia: *servicio y seguimiento*. Lo que inicialmente parecía ser una evasiva a la petición de los griegos, se desvela ahora como una respuesta formativa y comprometedora.

En este artículo seguimos el camino a esa peculiar pedagogía de Jesús sobre el discipulado. Como estilo de vida, el discipulado no sólo atañe a los más estrechos colaboradores de Jesús, sino a todo cristiano. Insistir entonces en cómo

---

\* Profesor de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de Granada.

Jesús entiende la existencia en seguimiento afecta directamente a la identidad del creyente. Jn 12,20-26, especialmente el v.26, trasvasa así su propio tiempo y se hace interpelación para nuestro hoy.

## 2. El hacia dónde del seguimiento

La peculiar composición del texto<sup>1</sup> nos consiente iniciar nuestra lectura por la parte central; ésta se presenta como un eje alrededor del cual gira todo el versículo. Comenzamos, pues, deteniéndonos en un momento del v. 26:

Y DONDE *estoy* (a) yo (b),  
también ALLÍ mi servidor (b') *estará* (a').

El texto parece afirmar que el servicio conduce a donde Cristo se encuentra. Comienza a concretarse la pedagogía para aquellos que desean *ver al Señor* como los griegos: el Maestro transforma la petición en una declaración sobre la necesidad del sentido de identidad y de pertenencia. Para tener un auténtico encuentro con el Maestro, a nada sirven los discursos que, en el fondo, tratan únicamente de satisfacer la curiosidad de ver al Rabí, del que tanto se oye hablar, y están cerrados a la relación con el Otro. Jesús propone para identificarse con Él la necesidad de una actitud ineludible, libre y revitalizadora: el servicio. El que está dispuesto a entrar en esta pedagogía es el que ha comenzado a caminar por la senda de la identidad. Jesús da así identidad al discípulo, definiéndolo como su servidor. El discípulo-servidor camina de esta manera hacia el lugar donde Cristo se encuentra.

Pero inmediatamente nos surgen varias cuestiones: ¿dónde se encuentra Jesús?, ¿dónde estará su servidor? El enunciado no aclara mucho. Jesús y el discípulo

<sup>1</sup> Jn 12,26 se presenta como el desarrollo sucesivo de los versículos anteriores, al mismo tiempo que los resume magistralmente. Una lectura atenta nos da pistas sobre la composición del versículo para percibir su coordinación interna y las correspondencias que existen entre las partes que lo componen:

a Si alguno me SIRVE,  
     b       me Siga  
             Y DONDE *estoy* (a) yo (b),  
     c  
             también ALLÍ mi servidor (b') *estará* (a').

a' Si alguno me SIRVE  
     b'       el Padre le HONRARÁ.

Desde el punto de vista sintáctico, la construcción del dicho se presenta con una estructura paralela simétrica, caracterizada por las dos proposiciones condicionales (a-b; a'-b'). A cada una de las prótasis (a-a') corresponde una apódosis. Éstas últimas contienen una exhortación al seguimiento (b) y una promesa futura (b'). Al centro de la estructura (c) encontramos la estrecha relación que une al discípulo con Cristo. La estructura interna de c presenta la correspondencia de un destino común para ambos (a-a') y la relación interpersonal que les caracteriza (b-b').

están unidos en un "espacio común". El espacio de Jesús, expresado con el adverbio *donde*, no es especificado y, a primera vista, no sabemos qué talante tiene este lugar al que se hace alusión. De lo que no tenemos duda es que se trata de un momento presente<sup>2</sup>.

Con el *espacio* del discípulo sucede lo mismo, pues es continuamente referido al de Cristo. La partícula *también* (καί), con valor adverbial, indica que el discípulo comparte este lugar común (ὅπου-ἐκεῖ) con Cristo. La única novedad que observamos en el *espacio* del discípulo con relación al *espacio* de Jesús, es que para el servidor se proyecta una realización futura (ἔσται), diversamente de cuanto sucedía con el Maestro.

¿Cuál es el camino de la identidad? La expresión *donde yo estoy* (ὅπου εἰμὶ ἐγώ), presente cinco veces en el evangelio de Juan, señala una circunstancia o condición particular de Jesús. Un breve repaso por las diversas presencias de dicha expresión ilumina nuestra comprensión de la misma y nos adentra en la profundidad teológica que el evangelista le concede:

- Las dos primeras frecuencias las encontramos en el contexto de 7,25. Jesús predica su procedencia del Padre y su comunión con él, sus palabras provocan una irritada respuesta de los judíos. Ante los guardias, enviados por los judíos para arrestarlo, Jesús exclama: *Me buscaréis y no me encontraréis; y DONDE YO ESTOY, no podéis venir* (7,34); la gente intrigada por el significado de las palabras de Jesús se pregunta: *¿Qué es esto que ha dicho:... DONDE YO ESTOY, no podéis venir?* (7,36).

- Tras 12,26, que es objeto de nuestro estudio, el evangelista repite la expresión en 14,3. Jesús se despide de sus discípulos, les explica el significado de su marcha, va a la casa del Padre, pero volverá y los llevará con él: *para que DONDE YO ESTOY, estéis también vosotros*. Es interesante notar que la afirmación de Jesús suscita un diálogo con sus discípulos donde intervienen Tomás y Felipe. En este coloquio Jesús manifiesta nuevamente su permanente unión con el Padre (14,10), revela su partida a la casa del Padre y el envío del Espíritu Santo (14,12.14).

- La quinta y última frecuencia de la expresión la encontramos en 17,24, al final de la llamada oración sacerdotal. Jesús ora al Padre por sus discípulos y expresa su voluntad de que participen de la contemplación de su gloria preexistente: *quiero que DONDE YO ESTOY, estén también ellos conmigo, para que contemplen mi gloria*.

<sup>2</sup> Esto lo sabemos por el uso del tiempo presente del verbo εἰμί.

Todas las menciones del enunciado *donde yo estoy* recogen elementos comunes. A primera vista podemos advertir que en los cinco casos la formulación griega es la misma<sup>3</sup>. Ésta es siempre referida a Jesús, ya sea cuando él mismo la usa, ya sea cuando lo hacen sus interlocutores (cf. 7,36). Se trata, por tanto, de una expresión que el evangelista considera únicamente aplicable a Jesús. De hecho, en cuatro de las cinco veces que aparece lo hace en boca de Jesús, y la quinta es un eco de sus palabras.

Aunque la afirmación sea exclusiva de Jesús, cada vez que aparece, precede siempre a un juicio valorativo sobre la imposibilidad o la posibilidad que tiene los interlocutores de Jesús de compartir este lugar con él. Mostramos, a continuación, un cuadro que representa esquemáticamente los elementos comunes que encontramos en las diferentes frecuencias:

| Etapas  | 7,34                    | 7,36 | 12,26                                    | 14,3                          | 17,24                                    |
|---|-------------------------|------|--|-------------------------------|--|
| <b>Contexto revelador (Jesús- el Padre)</b>         | Jesús enviado del Padre |      | El Padre da la gloria al Hijo del hombre | Quien ve al Hijo, ve al Padre | Comunión eterna entre el Padre y el Hijo |
| <b>Respuesta de los hombres</b>                     | Incredulidad            |      | Servicio y seguimiento                   | Fe                            | Conocen que Jesús es el enviado          |
| <b>Actitud de Jesús</b>                             | Negación                |      | Promesa                                  | Deseo                         | Voluntad                                 |
| <b>Comunión</b>                                     | —————                   |      | Yo-Mi servidor (también: και,)           | Yo-Vosotros (también: και,)   | Yo-Ellos (también ellos: κάκεινοι)       |
| <b>Identificación con el mismo destino de Jesús</b> | Imposibilidad (No: οὐ)  |      | Realización futura (ἔσται)               | Realización futura (ἦτε)      | Realización futura (ὡςιν μετέμμου)       |

El cuadro evidencia una especie de traza común en todos los textos. En líneas generales su estructura corresponde al mecanismo de las frecuencias. No se trata de una fórmula matemática, pero sí de una serie de rasgos que se repiten y que indican la estrecha relación teológica que los une con la forma *donde yo estoy*.

Los recuadros de la izquierda presentan las cinco *etapas* o *momentos*, que en todos los textos acompañan a la expresión y, en consecuencia, son elementos comunes a los cinco textos. Muestran una especie de itinerario que acompaña al enunciado. Presentamos seguidamente la lectura de los cinco elementos que señalamos en el esquema:

<sup>3</sup> El adverbio de lugar ὅπου, la primera persona del tiempo presente del verbo εἶμι y el pronombre personal ἐγώ.

1. El *contexto* amplio que precede a la expresión es siempre de carácter *revelador*. En todas las ocasiones Jesús manifiesta su origen eterno o su relación filial con el Padre (cf. 7,25; 12,23; 14,10 y 17,1).
2. A la revelación de Jesús, *los hombres deben dar una respuesta* de fe. Las respuestas son variadas: incredulidad, servicio y seguimiento, fe y conocimiento.
3. La respuesta humana recibe, a su vez, una *valoración de Jesús* (negación, promesa, deseo y voluntad). Es decir, si la respuesta de los hombres es la incredulidad (cf. 7,34.36), Jesús manifiesta la imposibilidad de éstos de estar donde él está. Si, por el contrario, la respuesta de los hombres es el seguimiento o la fe (cf. 12,26; 17,24), Jesús promete a sus servidores estar donde él está, o expresa su voluntad al Padre de que estén donde él está, los que conocen que él es el enviado de Dios.
4. Esta valoración de Jesús está caracterizada por el *vínculo de comunión* que le une a sus interlocutores. Podemos observar, por ejemplo, cómo la incredulidad impide cualquier tipo de identificación con Jesús, o cómo el servicio, la fe y el conocimiento generan una relación estrecha (de pertenencia a) con él.
5. La respuesta a Jesús y la *identificación* con él conducen a la participación *en su mismo destino*. Si la respuesta de los hombres a su mensaje ha sido negativa (cf. 7,34.36), se pone nuevamente de manifiesto la imposibilidad de acceder a Jesús, de identificarse con él, de participar a su destino; por el contrario, si la respuesta ha sido positiva, es Jesús mismo quien manifiesta su voluntad de que sus seguidores participen de su comunión en el futuro (12,26; 14,3 y 17,24)

El *procedimiento* indica que la fórmula *donde yo estoy* es usada siempre para señalar la posibilidad o la imposibilidad de los hombres de compartir este destino. Es decir, cada vez que aparece, muestra que Jesús se encuentra en un determinado lugar (circunstancia o condición), al que los hombres pueden o no acceder en el futuro. Pero, ¿dónde se encuentra Jesús y dónde estarán sus discípulos con él?

### 2.1. Cruz y gloria como primer punto de encuentro

Por los rasgos comunes a las diversas apariciones de la expresión *donde yo estoy*, parece claro que, para el cuarto evangelista, se trata de un enunciado que encierra una realidad de gran hondura existencial.

Diversos autores<sup>4</sup> coinciden en localizar en el cuarto evangelio un lugar

<sup>4</sup> Cf. D. MOLLAT, «Remarques sur le vocabulaire spatial du quatrième evangile», *Studia Evangelica*, en K. ALAND ET ALII (eds.) *Studia Evangelica* (Papers presented to the International Congress on 'The Four Gospels in 1957' held at Christ Church, Oxford 1957), Berlin 1959, TU 73, 321-328; R. KIEFFER, *Le monde symbolique de Saint Jean*, Lectio Divina 137, Paris 1989, 22-29; V. MANNUCCI, *Giovanni il vangelo narrante*, Bologna 1997, 119-127.

teológico donde se encuentra Jesús mismo, su relación con el Padre y con el mundo. A la luz de estas intuiciones, el adverbio *donde* (ὅπου) no indica un lugar espacial, sino más bien un *lugar teológico* característico de Juan. En efecto, si leemos la fórmula en el contexto del v.26, en sentido propio, podemos calificar el lugar donde Jesús se encuentra como un *lugar* o circunstancia *existencial*. El v.26, como ya hemos notado, está estrechamente unido con los versículos que le preceden. Así pues, el adverbio (*donde*) se refiere en este versículo al momento presente en el que Jesús se encuentra, explicitado precedentemente en el v.23: *Ha llegado la hora que sea glorificado el Hijo del hombre*. Jesús habla de la hora de su muerte y de su gloria como una realidad presente, vital, una *hora* que solicita de él una respuesta libre. Jesús se define en lo que vive, se identifica con su momento presente de cruz y de gloria y al mismo tiempo pone de manifiesto su pertenencia al Padre, al que se adhiere libremente, pues ¿de quién depende que el grano de trigo muera y dé fruto o, en cambio, no muera y quede solo?

Bajo esta perspectiva, la promesa *mi servidor estará* señala que el discípulo, compartiendo el mismo destino de Jesús, se adentra en este horizonte de muerte y de gloria. Todo lo aplicado en los versículos precedentes a Jesús sobre la necesidad de dar la vida y la fructificación de la muerte, se concreta en la experiencia vital del creyente por su identificación y pertenencia a su Señor. Si para el lugar de Jesús hemos establecido un itinerario en cinco etapas, nuestra lectura en clave de identidad y pertenencia, siguiendo la pedagogía de Jesús, nos invita a leer también un itinerario existencial para el discípulo a lo largo de todo el versículo:

| <b>Etapas en Jesús</b>                                  | <b>(Jn 12,26)</b>                              | <b>Itinerario del discípulo<br/>Pedagogía de la identidad<br/>y de la pertenencia</b> |
|---|--|---|
| <b>Contexto revelador<br/>(Jesús- el Padre)</b>         | <i>Contexto amplio:<br/>la hora</i>            | <i>Contemplar el Misterio y<br/>actuar la Palabra</i>                                 |
| <b>Respuesta de los hombres</b>                         | <i>Me sirve, me siga</i>                       | <i>Respuesta desde Jesús</i>  |
| <b>Actitud de Jesús</b>                                 | <i>Mi servidor estará</i>                      | <i>Vida en, desde y para la<br/>libertad</i>  |
| <b>Comunión</b>   | <i>Yo-mi servidor</i>                          | <i>Don de sí</i>  |
| <b>Identificación con el mismo<br/>destino de Jesús</b> | <i>Conmigo estará/<br/>el Padre lo honrará</i> | <i>Sabor a familia</i>  |

Estos cinco momentos marcan las etapas de la pedagogía del sentido de la identidad y de la pertenencia:

1. *Contemplar el Misterio y actuar la Palabra.*
2. *Respuesta desde Jesús.*
3. *Vida en, desde y para la libertad.*
4. *Doni de sí.*
5. *Sabor a familia.*

## 2.2. La comunión con el Padre como segundo punto de encuentro

Una segunda lectura, complementaria a la anterior, la obtenemos interpretando la fórmula *donde yo estoy* en sentido figurado, a la luz de su presencia en el cuarto evangelio y siguiendo el esquema presentado en precedencia. Además del aspecto existencial, la expresión parece designar para el servidor un *lugar escatológico*, indicando un espacio donde Jesús está en permanente unión con el Padre<sup>5</sup>. En este lugar, donde se encuentra Jesús en el presente, es donde estarán sus discípulos en el futuro: en *comunión con el Padre*.

Participar de esta identidad es resultado de la fe en Jesús, en su misión, en la construcción del Reino desde el evangelio; un don divino gratuito en respuesta a la adhesión libre y confiada de los hombres al mensaje de Jesús. Por ello, en 7,28 a los judíos les resulta imposible participar de un mismo destino con Jesús, pues no creyendo en sus palabras, se alejan del Padre. El discípulo, por el contrario, acepta a Jesús, le conoce, cree en él y en quien le ha enviado, se siente parte de este proyecto de vida y por consiguiente puede acceder a esta comunión: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre* (14,9).

El dicho *donde yo estoy, también mi servidor estará* compendia todos los contenidos de los versículos precedentes: la *hora* de la muerte y de la gloria (v.23), la fructificación con el don de la propia vida (v.24) y el odio a la existencia que participa de las estructuras de este mundo (v.25). A estos contenidos, el evangelista añade con el v.26 una perspectiva futura que empuja a la esperanza la vida presente del discípulo.

El desarrollo creciente típico del cuarto evangelista nos conduce desde la donación de Jesús, desde el preciso momento de su muerte, a la vida en plenitud de todos los discípulos. No se desvía el evangelista del discurso, sino que muestra para el discípulo el mismo destino que para el Maestro. Un destino a realizar desde Jesús, marcado por la estrecha relación con el Padre, un camino que libremente se dirige a la entrega total de sí.

## 3. El seguimiento en etapas

Veamos a continuación los momentos esenciales de ese camino de seguimiento, tal y como ya anunciábamos.

---

<sup>5</sup> Cf. X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan*, II, Biblioteca de estudios bíblicos 68-69, Salamanca 1992, 1993<sup>2</sup>, 369.

### 3.1. Contemplar el Misterio y actuar la Palabra frente a la mentalidad del producir

El v.26, además de indicar la comunión de Cristo con su discípulo, la subraya con la indicación de la identificación de este último a su Maestro. La expresión *mi servidor* (ὁ διάκονος ὁ ἐμός) constriñe, si se puede todavía más, el vínculo vital que injerta la vida del cristiano con Cristo. Inicialmente podemos pensar que se trata de una redundancia, pues ya se deja entrever a lo largo de todo el versículo la inseparable conexión entre ambos. Sin embargo, la denominación del discípulo con el término *servidor* (ὁ διάκονος) añade al discipulado un talante concreto.

Además de en 12,26, únicamente dos veces más usa el cuarto evangelista el sustantivo *servidor* para indicar un servicio específico. Las dos frecuencias las encontramos en el mismo relato: las bodas de Caná.

- La primera en 2,5. La madre de Jesús, viendo la necesidad de los esposos que se habían quedado sin vino, solicita de los servidores (διακόνους) una actitud definida: *Haced lo que él os diga*. En la misma narración se hace mención de los servidores, cuando en 2,9 se reconoce intencionadamente la ignorancia (*no sabía*: οὐκ ᾔδει) del maestra sala sobre la proveniencia del vino; mientras, en contraposición, el evangelista apostilla el conocimiento de los servidores que *sí lo sabían* (ᾔδεισαν).

- El término *servidor* no reaparece en el evangelio hasta 12,26 y, tras este versículo, no se encuentra ninguna referencia más en el texto de Juan.

Si tenemos presente el fuerte significado simbólico<sup>6</sup> de la narración de las bodas de Caná, no podemos dejar de pensar que la actitud demandada a los servidores no sea algo más que el servicio a la mesa. María en 2,5 pide a los servidores que adopten una actitud comprometida, de sumisión a la voluntad de Dios, expresada en la orden dada por Jesús<sup>7</sup>. Una actitud de escucha específica de la Palabra de Jesús, capaz de colaborar para transformar la complicada situación. Sólo así los servidores serán auténticos transmisores y testigos ante sus coetáneos.

La segunda aparición de los servidores (2,9), en la que se declara su conocimiento de lo sucedido, añade un pequeño detalle: el discípulo de Jesús, puesto que está a su servicio y hace lo que Jesús le dice, está capacitado para reconocer los signos y para saber discernir de dónde provienen, a diferencia de los que ignoran el sentido profundo de todo lo que acontece. El conocimiento<sup>8</sup> indica la certeza interior

<sup>6</sup> Cf. I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, BAC 533, Madrid 1993, 221.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 230.

<sup>8</sup> Está expresado en el versículo con el aoristo del verbo οἶδα. Cf. *Id.*, «Οἶδα y γινώσκω. Los dos modos de conocimiento en el cuarto evangelio», *La verdad de Jesús, Estudios de cristología joanea*, BAC 405, Madrid 1978, 284-298: El cuarto evangelista usa los verbos οἶδα y γινώσκω para expresar el "conocimiento" con matices diversos. Con γινώσκω designa el proceso de adquisición del conocimiento; usado en modo

de los servidores, la firme convicción fundada sobre lo que han visto; esta seguridad es la nota peculiar que los distingue oponiéndolos diametralmente a la ignorancia radical del maestro. El discípulo participa del Maestro, de su ser, de su acción, se enraíza en él, percibe e interpreta la realidad de manera diversa que sus coetáneos, está abierto a la contemplación del Misterio. Frente a una mentalidad lucrativa, calculadora y servilista, según la cual la persona es valorada por su capacidad de producir, el servidor en la pedagogía de Jesús se perfila como el activamente contemplativo.

El servidor discierne su *hora* y desvela ante el mundo el momento de la cruz y de la gloria. Por el singular *conocimiento* de lo que le rodea, por la acción desde la confianza puesta en el Maestro y en su Palabra, el servidor de Jesús se inclina por una actitud que compromete la totalidad de la persona y que es capaz de generar vida o, al menos, de provocar el estupor y el interrogante del hombre contemporáneo.

Aquel que se abaja hasta hacerse servidor de Jesús, encontrará más bajo que él mismo al más alto de todos<sup>9</sup>. Es ésta la paradoja del servicio a Jesús. Servir a Jesús, supone para el discípulo una serie de exigencias, pero al mismo tiempo, se le presenta como el camino que lo conduce hacia la identidad.

La lectura de esta narración ilumina la comprensión del v.26. El servidor es el que acoge a Jesús, el que acoge su Palabra, el que hace lo que él le dice. Aun más: estando en comunión con él, colaborando con él, sabe reconocer cuáles son los signos de Jesús y vive en la convicción total y absoluta en él y en su Palabra, con la que entra en diálogo. Diálogo de cuestionamiento personal y de entrega al Otro.

*Mi servidor*, además de señalar la identificación con Jesús, la adhesión a su Palabra y a su misterio, indica la capacidad de leer con la historia su propia *hora*, los signos de los tiempos, dónde se hace presente Jesús, dónde es necesario que el discípulo sea servidor y camine hacia la cruz y hacia la gloria. Únicamente si el servidor vive desde la entrega, puede seguir a Jesús por el camino de la fructificación: el camino de la muerte y de la gloria; por el contrario, si de su actitud de servicio no pasa a la adhesión al misterio de Cristo, queda aislado, lejos del Padre, en la ignorancia más profunda. Tratar de ser una copia del Maestro sería falsificar el modelo. Hacer espacio en la propia historia a los sentimientos del Hijo

---

negativo indica que no se llegan a comprender los hechos y las palabras de Jesús; empleado positivamente denota el descubrimiento progresivo de la verdad. Por el contrario, *oĩd̄x* designa, más bien, una realidad humana y psicológica; se refiere menos al mismo conocimiento que a su carácter de toma de conciencia, de certeza poseída; unas veces intuición; otras, firme convicción de fe. Se caracteriza siempre por algo de total y de absoluto.

<sup>9</sup> Cf. B.STANDAERT, «Où je suis, là aussi sera mon serviteur (Jn 12,26)», en A. SOMORJAI, (ed.), *Unum omnes in Christo, In unitatis servitio. Miscellanea Gerardo J. Békés OSB, Octogenario dedicata*, Vol. I, Pannonhalma 1995, 199.



*Si alguno me sirve*<sup>12</sup>. La primera proposición condicional, caracterizada por la colocación enfática<sup>13</sup> del pronombre ἐμοί (*a mí*) delante del sujeto, subraya la centralidad de Cristo como destinatario del servicio del hombre. La particular disposición de los términos muestra cómo el Maestro ocupa un lugar prioritario ante el discípulo. Como si el evangelista estuviera interesado en resaltar el lugar del discípulo con relación a su Maestro.

El dicho encuentra semejanzas con los sinópticos, particularmente con Mc 8,34: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame*.

En ambos textos está presente la disposición de imitar a Jesús en el sufrimiento y en la muerte<sup>14</sup>. La peculiaridad joánica proviene de la mención del servicio a Jesús y de la continua alusión a Cristo, a quien se sirve. Mientras que Marcos se centra en las actitudes del discípulo de Jesús (venir, negarse, cargar y seguir), Juan pone su atención en Jesús mismo (*me sirve - me siga*).

El verbo *servir* (διακονέω) apenas es usado por el cuarto evangelista<sup>15</sup>. Su significado en el v.26 aclara la actitud del discípulo con relación a su Maestro. Los matices a los que alude este verbo designan una actitud viva y dinámica del individuo con relación a otra persona, a la cual se encuentra subordinada, marcando así la apertura relacional de la pertenencia. De aquí que su uso en el Nuevo Testamento señale la actitud cristiana fundamental, que se orienta por las palabras y las obras de Cristo<sup>16</sup>.

El discipulado es un servicio perseverante y continuo a Jesús, como un oficio. El que sirve pone su vida al servicio de su señor y hacia éste la orienta; del mismo modo, en la vida del cristiano, todo gira alrededor de Cristo<sup>17</sup>. El hombre sujeta su existencia al servicio de Jesús y de su Buena Noticia, dona su vida, la ama menos de cuanto ama a su Señor.

<sup>12</sup> ἐάν ἐμοί τις διακονῆ, lit.: *Si a mí alguno sirve*.

<sup>13</sup> Cf. L. MORRIS, *The Gospel according to John*, The New International Commentary on the New Testament, Michigan 1971.594; B.J. WESCOTT, *The Gospel according to St. John*, London 1958, 181.

<sup>14</sup> Cf. R.E. BROWN, *Giovanni I*, Assisi 1979<sup>3</sup>, 616.

<sup>15</sup> Cf. J. CABA, «Dalla parenesi lucana alla cristologia giovannea» *Studio comparato di Lc 9,23-24 e Gv 12,25-26* en: G. MARCONI e G. O'COLLINS (edd.), *Luca-Atti. Studi in onore di P. Emilio Rasco nel suo 70° compleanno*, Assisi 1991, 95: "Nel quarto vangelo il verbo *diakoneo* compare solo un'altra volta per indicare il servizio offerto da Marta a Gesù alla cena di Betania (12,2)".

<sup>16</sup> Cf. A. WEISER, «διακονέω», *DENT I*, Salamanca 1996, 913.

<sup>17</sup> AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de San Juan*, LI,12: "Sirven, pues, a Cristo los que no buscan sus propios intereses, sino los de Cristo. Sígame, esto es, vaya por mis caminos y no por los suyos... Si da pan al pobre, debe hacerlo por caridad, no por jactancia; no buscar en ello más que la buena obra... El que de este modo sirve, a Cristo sirve... Y no solamente el que hace obras corporales de misericordia, sino el que ejecuta cualquier obra buena por amor a Cristo es siervo de Cristo hasta llegar a aquella obra magna de caridad que es dar la vida por los hermanos, esto es, darla por Cristo".

El modelo de Jesús anticipa cualquier acción del discípulo, no basta despreciar la existencia terrena, es necesario que este desprecio esté motivado por el amor a Cristo; a la manera de Cristo, que por amor al Padre cae en tierra y muere como el grano de trigo. El desprecio de una existencia limitada, pobre, egocéntrica, llena de vacío es un camino que se hace con Jesús y en Jesús. A nada aprovecharía si el discípulo se antepusiera al Maestro. Por esta razón, Jesús invita a seguirle, a ir tras él.

Con el uso del verbo *servir* en el v.26, Juan puntualiza la respuesta, la disponibilidad y apertura del hombre a Cristo, a su mensaje. Describe así el talante diligente del que valorando su existencia, la dedica a vivir las coordenadas del Maestro. El servicio aquí es entendido como don que brota de una acción sacrificada, don en la vida y en la muerte por y para los demás. Se trata de un servicio que se posiciona ante los signos de los tiempos, buscando ser desde el diálogo una alternativa en una sociedad necesitada de descifrar y leer con esperanza su propio malestar, una sociedad generadora de personas *sin*, sedientas de autenticidad que solicitan con sus actitudes asimilar alimentos consistentes para vivir, proyectos que ofrezcan plenitud. Jesús y sus discípulos no miran con sus acciones a la instauración de categorías humanas, sino al Reino de Dios, miran al tiempo de la gloria<sup>18</sup>.

Con el pronombre indefinido *alguno* (τις) encontramos una muestra de la universalidad del *logion*<sup>19</sup>. Jesús se dirige indistintamente a todos sus interlocutores, judíos y griegos, a los hombres de todos los tiempos, a quienes quieran ponerse a su servicio. Con este pronombre Juan parece mostrar cómo la cruz, el servicio generoso, es lugar de salvación universal.

### 3.3. Vida en, desde y para la libertad: encarnación frente a cumplimiento

*Me siga* (ἐμοί ἀκολουθεῖτω). El servicio debe conducir al seguimiento con todas sus consecuencias. Jesús explicita la necesidad de una donación total de la existencia.

El cuarto evangelista claramente distingue aquí entre servir y seguir a Jesús como diversos momentos de un mismo proceso. La forma condicional *si* (ἐάν) señala la posibilidad del hombre de pasar del servicio al seguimiento, pero no indica la obligatoriedad. *Si alguno me sirve, me siga*, puede ser leído como: el que por mí se hace don para los demás, por mí y conmigo sea capaz incluso de dar su vida por ellos. De este modo, cuando hablamos de servicio y seguimiento, nos movemos siempre en el ámbito de la libertad humana.

Seguir no describe aquí el desplazamiento espacial del cristiano tras Cristo; más bien, señala la orientación vital que debe regir la vida del que ya se ha decidido por servir a Jesús, como un proceso donde se manifiesta la necesidad de dar una

<sup>18</sup> Cf. H.W. BEYER, «διὰκονέω», *GLNT* II, 962-963.

<sup>19</sup> Cf. J. CABA, «Dalla parenesi lucana alla cristologia giovannea», 96.

vuelta más a la tuerca de la pertenencia: se plantea como necesario descubrir lugares donde se viva la conciencia de la asimilación del proyecto de Jesús desde la libertad, sin vacilaciones, ante la rutina del cumplimiento gastado y vacío. El seguimiento es un canto a la encarnación. Un canto a la vida que libremente escoge la comunión como espacio de realización *en libertad*, un canto a la vida que se relaciona *desde la libertad* asumiendo la propia historia como lugar de salvación, un canto a la vida que se gasta *para la libertad* del otro. El seguimiento es comunión de vida y de sufrimiento con el Mesías<sup>20</sup>. Jesús y su discípulo participan de una identidad común, colaboran en una misma misión<sup>21</sup>.

El imperativo presente *Me siga* insta al discípulo a abandonarse totalmente al seguimiento de Jesús que ya ha iniciado sirviéndole. El discípulo que ha emprendido su camino contemplando el Misterio, sirviendo a Jesús, adhiriéndose a él por la fe, poniendo su vida a disposición, es invitado a estar preparado incluso a dar la vida por seguirle<sup>22</sup>. El que opta por seguir a Jesús no puede contemplar la lógica de la cruz como un acto heroico del Maestro; antes bien, ha de encarnar en ella su proyecto y su realización personal. Para el que pertenece a Cristo no hay espacio para la aceptación descafeinada de la propia cruz. La resignación entendida como soportar las situaciones adversas desencarna el misterio de la cruz. De nuevo, como sucedía con el servicio, la presencia del pronombre enfático *me* (ἐμοί) precisa la modalidad del seguimiento poniendo al frente a Cristo.

Teniendo presente el contexto en el que Jesús anuncia su hora, la exhortación a seguirlo presagia para el cristiano, una vez más, la misma suerte que para Cristo: la muerte y la gloria. El seguimiento es, en consecuencia, aquello que motiva, que da sentido a la existencia del cristiano, a su sufrimiento y a su hora.

#### 3.4. Don de sí: radicalidad frente a rigorismo

La relación con el Maestro es dialogal. La respuesta humana a la exhortación al seguimiento de Jesús recibirá su reconocimiento. Paralelamente a la proposición condicional anterior (a-b), encontramos nuevamente, otra proposición condicional (a'-b'):

|    |                     |
|----|---------------------|
| a' | Si alguno me SIRVE  |
| b' | el Padre le HONRARÁ |

*Si alguno me sirve* (ἐάν τις ἐμοί διακονῆ). La proposición, con los mismos elementos de la anterior, enfatiza nuevamente la recíproca relación entre Jesús y el

<sup>20</sup> G. KITTEL, «ἀκολουθεῖν», *GLNT I*, 567-581.

<sup>21</sup> Cf. G. ZEVINI, «Vogliamo vedere Gesù», *ParSpV* 26 (1992) 122.

<sup>22</sup> Cf. X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del evangelio de Juan II*, 369.

discípulo. Precedentemente ἐμοί τις acentuaba la prioridad de Cristo en la vida del cristiano; ahora τις ἐμοῖ partiendo de la íntima relación entre ambos, muestra para el discípulo la recompensa. La atención va dirigida a Cristo, pues, a través de él, el discípulo recibe el reconocimiento. No obstante, también la atención va al discípulo, ya que es el objeto del honor del Padre.

La composición: ἐμοί τις ἵ τις ἐμοῖ señala la unión inseparable entre Cristo y el discípulo. Descubrimos en este juego un signo inconfundible que alerta sobre la autenticidad de la identidad y de la pertenencia: *la doble entrega*. Es el discípulo el que se entrega al seguimiento de Jesús en respuesta a la entrega total del Maestro.

A la respuesta incondicional del discípulo corresponde la promesa de Jesús: *el Padre lo honrará*. El don de sí es fruto de la experiencia de la radicalidad de la entrega. Radicalidad entendida como capacidad de afianzarse sólidamente, de echar raíces, de ahondar de la propia existencia, de replantearse actitudes, sentimientos y motivaciones, y crecer desde la novedad recreadora. Tener presente los propios límites es vital para definirse, para alcanzar identidad. Tener unas sólidas raíces es vital para re-definirse, para no desfallecer en la pertenencia. Un esquema rigorista y cristalizado seguramente no tendría nada de despreciable a la hora de la realización de actitudes o trabajos intelectuales, pero se haría añicos ante la necesidad de responder al porqué de las propias motivaciones, a la hora de dar razones de la propia esperanza.

Si tenemos presente el matiz diverso que hicimos precedentemente entre el servidor y el seguidor de Jesús, la formulación: *Si alguno me sirve, el Padre lo honrará* puede suscitar un pequeño interrogante. El servidor opta por hacer de su vida un don sacrificial, la pone a disposición de Dios y del prójimo; el seguidor, además de adoptar esta disposición, se asocia a Jesús, asumiendo la lógica de la cruz hasta la entrega de su existencia. Jesús promete a su servidor el honor del Padre, pero ¿cuál es la promesa para su seguidor? Indudablemente la recompensa del seguidor, aunque no expresamente mencionada, la podemos entrever en el texto. El seguidor, porque persevera en su servicio, entrega su vida sin miramientos; luego, recibe la misma recompensa futura reservada al servidor. Al mismo tiempo, podemos añadir que para el seguidor hay una recompensa presente: la identificación con Jesús en la cruz.

### 3.5. Sabor a familia frente a desarraigo

*El Padre lo honrará* (τιμήσει αὐτὸν ὁ πατήρ). Por su acción leal a Cristo el discípulo recibe el reconocimiento del Padre.

El Padre (ὁ πατήρ)<sup>23</sup> es el sujeto activo que reconoce en el discípulo al Hijo,

<sup>23</sup> Algunos testimonios presentan la lectura ὁ πατήρ μου (P<sup>66c</sup> Θ 28. 700<sup>c</sup> pc lat). Nos inclinamos por ὁ πατήρ, pues parece ser la *lectio brevior*.

con el que el creyente se identifica y al que se entrega. Por ello, lo honra de la misma manera que glorifica a Jesús. La revelación de la hora de la pasión y de la gloria testimonia el estrecho vínculo de amor que une al Padre y al Hijo.

Deliberadamente el Padre aparece de manera explícita sólo al final. A lo largo de estos versículos, el Padre ha estado siempre presente en el pensamiento de Jesús. Todo cuanto hemos dicho anteriormente no tendría sentido si olvidáramos este aspecto. El discípulo está llamado a entrar en este misterio de comunión divina. No puede olvidar en su existencia que servicio y seguimiento están impregnados del sabor a hogar, a fiesta, a encuentro, a celebración, a ternura, a misericordia. No es un héroe incomprendido, caminante sin rumbo fijo, desarraigado, en busca de dolores y sufrimientos. Es el *hijo*, el *hermano*, el *discípulo* que camina sirviendo y siguiendo al Maestro: celebrando, sintiendo, amando, perdonando, re-creando. Dispuesto a dar sentido a todo lo que vive y lo que hace con la certeza de que el Padre acompaña su *hora* tras su Señor.

El camino del discípulo es el despojo de la propia existencia imitando a Jesús (17,16: *ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo*). De esta manera, el discípulo entra en comunión con el Padre y lo glorifica reconociéndose hijo, participando de la misión de Jesús.

Servir a Jesús es servir al Padre, pues los dos son una sola cosa (17,21: *como tú, Padre, en mí y yo en ti*). Por ello, el discípulo recibe el reconocimiento del Padre, pues al haber acogido a Jesús, participa del amor con que el Padre ama al Hijo (17,26: *para que el amor con que tú me has amado esté en ellos*). La composición del texto presenta al Padre como nuevo punto de unión entre Jesús y sus discípulos. El Padre glorifica a Jesús (v.23) y honra al servidor de Cristo (v.26).

El texto no explica en qué consiste el honor que recibirá el discípulo. El cuarto evangelista utiliza el vocablo *honrar* para expresar la relación recíproca de dedicación y de reconocimiento entre el Padre y el Hijo (5,23: *para que todos honren al Hijo como honran al Padre*; 8,49: *Yo... honro a mi Padre y vosotros me deshonráis a mí*)<sup>24</sup>. Sin duda, el mayor honor que puede recibir el discípulo es escuchar al Padre llamarlo *hijo*.

El uso de la forma futura *honrará* (τιμήσει) alude a una perspectiva futura, posiblemente la vida eterna, como en el v.25. De este modo, la vida eterna consistiría en la participación del discípulo en la gloria reservada a Jesús, al menos en su contemplación (17,24: *quiero que donde yo esté estén también conmigo para que contemplen mi gloria*). No obstante la forma sea futura, la promesa del honor nutre la certeza presente del discípulo y lo estimula al seguimiento radical de Jesús.

<sup>24</sup> Cf. R. FABRIS, *Giovanni Traduzione e commento*, Commenti Biblici, Roma 1992, 684.

El honor del discípulo consiste, claramente, en estar donde está Jesús: muriendo y resucitando en el presente, con la esperanza de una vida en plenitud, en familia con el Padre<sup>25</sup>.

#### 4. Conclusión

El contexto en el que Juan envuelve el primer anuncio de la llegada de la hora no es casual. El cuarto evangelista presenta en una escena original el momento de Jesús y la invitación al seguimiento. La pretensión de los griegos recibe una respuesta larga y exigente: la pedagogía de la identidad y de la pertenencia. Jesús les describe el misterio de su muerte, para que conozcan con certeza su origen y su misión. Él es el Hijo del hombre, que desprecia su existencia presente para la vida de muchos. Una vez conocido el misterio de Cristo, los griegos deben pasar a su servicio poniendo en práctica la palabra de Jesús y estando dispuestos a seguirle por el camino de la donación de la vida. Sólo así podrán *ver* a Jesús y recibirán el reconocimiento que el Padre tiene reservado a los que le aman.

Los griegos son invitados a entrar en sintonía con Jesús, a compartir el destino del Hijo del hombre. Ellos solicitaban ver al Jesús histórico, y les es indicado el camino del Resucitado (exaltado). Pero el Resucitado no es directamente accesible, sólo en momentos de extática o mística contemplación que interrumpen la existencia histórica del hombre. En cambio, el camino que conduce a él es el camino del servicio, que tiene como consecuencia la aceptación de la muerte<sup>26</sup>.

La muerte, el rechazo a una existencia sometida las estructuras de este mundo, el servicio, el seguimiento, son etapas de un camino misterioso de identidad y pertenencia que conducen de la gloria de Cristo al honor del discípulo.

<sup>25</sup> AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de San Juan*, LI, 11: "Pues ¿qué mayor (honor) puede esperar el (hijo) adoptivo que estar donde está el Hijo único, no igualado a la divinidad, sino asociado a su eternidad?".

<sup>26</sup> Cf. R. BULTMANN, *The Gospel of John*, Oxford 1971, 426-427; G., ZEVINI, «Vogliamo vedere Gesù» Gv 12,20-36. L'universalità salvifica di Gesù Cristo secondo Giovanni», *ParSpV* 26 (1992), 122.